



Giordano Bruno. El hereje impenitente

Autor: **Michael White**

Buenos Aires

Javier Vergara Editor- Grupo Zeta, 2003, 219 páginas.

Por **Carmelo Polino**

La mención a Giordano Bruno resulta ineludible para cualquier relato de historia de la ciencia. Algunos escritores reivindican su papel de propagador de las ideas que revolucionarían la historia del conocimiento y otros discuten sus aportes a la evolución del pensamiento científico. Lo cierto es que la figura de este filósofo del Renacimiento es emblemática y sobre ello sí que no hay dudas posibles. En el haber de Bruno cuenta una peculiar obstinación para sostener sin doblegarse ideas radicales que iban a contramarcha de las doctrinas establecidas; un profundo sentido religioso y respeto por el Dios creador cristiano; el esfuerzo por articular ideas científicas modernas con antiguas tradiciones místicas; pero, también, el atroz encierro en las cárceles de la Inquisición de Roma que privaron de libertad durante siete años a quien defendía, justamente, la libertad y pluralidad de pensamiento; finalmente, un horrendo desenlace con llamas devorando su cuerpo. Bruno es un personaje de lo más fascinante y difícil de trazar. Bruno es sinónimo de pasión y tragedia. Bruno provoca pena. Y Bruno también persigue. Porque, como asegura el escritor de temas científicos Michael White, Bruno puede ser un fantasma cerniéndose durante años sobre nosotros.

235

La persecución de Bruno a White, ex director de estudios científicos del Overbroeck College de Oxford, hizo que éste no resistiera la tentación de trasladar al papel parte de la vida pública del filósofo italiano nacido en la ciudad de Nola (cerca de Nápoles) en el año de 1548 y quemado vivo en Roma por la Inquisición en febrero de 1600. El acercamiento a figuras de primer nivel en la galería estelar de la ciencia no es novedad en la obra de White: publicó más de veinte libros, entre ellos uno sobre Leonardo Da Vinci y también biografías de Galileo, Isaac Newton y Stephen Hawking. El libro sobre Bruno que en estas páginas se reseña, sin ser una biografía, comparte con las demás obras de White una característica distintiva: no se trata de un texto para historiadores ni sociólogos de la ciencia, probablemente ninguno de ellos encuentre nada novedoso en él. Básicamente es una publicación de divulgación científica que, además, tiene la gracia particular de que si no fuera porque narra una vida real - y triste- el lector podría disfrutar pasajes enteros tal y como estuviera inmerso en una novela.

En *Noticias del Planeta Tierra*, Guillermo Boido escribe que Galileo es increíblemente difícil de clasificar y que siempre hay muchos prismas posibles para examinarlo. Es

probable que también sea el caso de Bruno y, entonces, quien asuma la ingente tarea se enfrenta a desafíos que no pueden menos que terminar en recortes parciales del personaje, enfatizando aspectos en detrimento de otros. Podemos imaginar, así, que en el libro existen tres líneas divisorias que articulan diferentes miradas que White hace sobre Bruno: la primera, una caracterización de su pensamiento filosófico en el contexto más amplio de la época en la cual le tocó vivir. La segunda, los juicios de la Inquisición que lo llevaron a la hoguera. Y la tercera, por último, la figura y el legado de Bruno en diversos ámbitos del pensamiento humano.

En la primera mirada, el autor cuenta lo que más o menos todos los historiadores dicen sobre Bruno: fue un filósofo neoplatónico partidario de la libertad de pensamiento que, a su vez, estaba convencido de que el universo es infinito y que la pluralidad de mundos similares a la Tierra (incluso habitados) debe ser la norma y no la excepción. Estas creencias lo llevaron a abrazar el sistema heliocéntrico de Nicolás Copérnico (1473-1543) y proclamarlo a los cuatro vientos durante años en su recorrido por diferentes lugares de Europa. Estas nuevas ideas, se sabe, afirmaban que la Tierra es la que gira en torno al Sol, tal y como lo hacen los demás planetas. Pero dicho sistema tenía una frontal discrepancia con la cosmología diseminada desde la Antigua Grecia por el peso de Aristóteles y sellada a fuego por la doctrina cristiana medieval, donde la Tierra, inmóvil, ocupa el centro del universo, por ende, la centralidad en la creación de Dios. A Bruno, sin duda, le esperaban tiempos tormentosos.

236

White rescata también otra característica del filósofo. Según Bruno, “pensar era especular con imágenes”. En efecto, a diferencia de Copérnico o Galileo, el sistema filosófico de Bruno se articulaba en torno a imágenes o ideas que básicamente prescindían de la explicación matemática de los fenómenos. Como Francis Bacon (1561-1626), Bruno fue un excelente propagador de las ideas modernas que terminarían por imponerse en la Europa del Renacimiento. Según White, el tratamiento no matemático del copernicanismo “representaba tanto una manera de entender los conceptos como un método para transmitir el modelo heliocéntrico de Copérnico a los estudiantes y profanos en la materia que asistían a sus disertaciones y leían sus libros.” Ajustándonos a la terminología actual -y a riesgo de forzar paralelos entre épocas históricas diferentes- podríamos decir que Bruno fue un verdadero comunicador de la ciencia. Todos estaríamos de acuerdo en afirmar que las imágenes, más que cualquier otra herramienta, son fundamentales para la difusión científica (el modelo atómico de Rutherford, la doble hélice de la cadena de ADN o la gestación del universo en un fastuoso Big Bang son pruebas contundentes).

Otro rasgo que White enfatiza es la conexión que Bruno tuvo a lo largo de su vida con las tradiciones del ocultismo derivadas de filosofías primitivas vinculadas a la figura del emblemático Hermes Trimegisto: “consideraba lo oculto como un patrón de ideas, una red de conceptos a la cual se podía acceder para adquirir una mayor comprensión del universo.”

La segunda mirada de White introduce un quiebre en la estrategia narrativa. Consciente de que el libro debe ser agradable a oídos no entrenados, cuando el autor

expone los juicios a Bruno (primero el de Venecia y luego el definitivo de Roma), intenta llenar los huecos de los registros históricos escasos, perdidos o inexistentes, mediante la escenificación de un verdadero drama novelar: “la atmósfera era tensa y Bruno estaba muy nervioso (...) mientras hablaba la temblaba la voz y movía las manos gesticulando. Bruno había pasado seis días solo en su diminuta celda pensando en su destino, y ahora se daba cuenta por primera vez de la gravedad de la situación. Quizás oyó el lejano crujir de las llamas y olió el tenue hedor de su propia carne quemándose. Ahora sabía que aquello no era ninguna broma”. O bien esta otra escena, cuando Bruno finaliza una de sus declaraciones: “el padre Gabrielle [miembro del Tribunal Inquisidor de Venecia] se puso en pie con rostro inexpresivo y su voz, impregnada de poder y autoridad, ordenó a todos los presentes que juraran guardar secreto (...) Bruno, agotado, el rostro pálido y desencajado, fue devuelto a su celda.”

La escenificación va en aumento a medida que Bruno se encamina a una muerte segura. White lo imagina en la soledad de su diminuto cuarto de reclusión, día a día, noche a noche, infierno tras infierno: “allí estaba, sumido en la oscuridad mientras empezaba a dudar de sí mismo. Se acurrucó en un rincón de su celda, intentando no percibir el hedor a cloacas y humedad, negándose a escuchar el gotear del agua y los gritos de otros prisioneros agonizantes en celdas cercanas (...) por un instante se precipitó en una incontrolable espiral y notó cómo la frente se le perlababa. Un sudor helado cubrió todo su cuerpo. Podía ver ante él el ávido rostro del inquisidor y las llamas, siempre las llamas.”

Sobre el final del libro, y cuando Bruno ya ha sido asesinado por la Iglesia, el afán por reconstruir y proponer escenas probables en el drama llevan la imaginación de White demasiado lejos: “las cenizas de Bruno fueron cayendo sobre las cornisas y los campos cercanos. Allí la lluvia infiltró en el suelo moléculas que antes habían formado parte de su cuerpo. Con el paso del tiempo, las moléculas fueron disueltas y las plantas absorbieron sus átomos. Las plantas fueron comidas por animales, y algunos de ellos terminaron llegando a las mesas de Roma y otros lugares. Otros elementos de Bruno cayeron al agua y fueron reciclados para mojar las caras de los bañistas y en vasos y copas. Y así, quizá, al menos en un nivel atómico, el Papa terminó fundiéndose con el hereje después de todo.” El argumento es extremo y endeble, y White lo sabe. Sin embargo, su pretensión es puramente literaria, aunque de dudoso gusto.

Algunos historiadores afirman, como lo hace Guillermo Boido, que Bruno estaba comprometido en “renovar el patrimonio filosófico de la Iglesia.” White adhiere a esta teoría y plantea una hipótesis que le permite explicar por qué el filósofo quedó atrapado en un callejón sin salida. Sostiene que éste creía en la idea de que el mundo podía ser cambiado mediante la razón y el intelecto, y que esta creencia alimentó en Bruno la concepción de un “gran plan”. La hipótesis de White es que Bruno pretendió “establecer contacto directo con el Papa (una vez en Roma) y llevar a cabo su misión, convirtiendo al mismísimo Santo Padre y guiando de esa manera al mundo hacia un nuevo amanecer”. Sin embargo, la historia tomó un rumbo diametralmente opuesto y el proyecto de Bruno, según White minuciosamente trazado, resultó letal: “había faltado muy poco para que saliera bien. Todo había ido según el plan, hasta que Bruno cometió

un error fatal. Había sobrestimado el poder del Papa, creyendo ingenuamente que Clemente no tenía que rendirle cuentas a nadie; que, habiendo oído del extraordinario Bruno, el Santo Padre querría entrevistarse inmediatamente con él. Pero ahora sabía que cuando se trataba de modificar la doctrina aunque sólo fuese en una coma, Clemente se encontraba maniatado como los demás. Y finalmente su plan lo había llevado a la cárcel de los inquisidores. El futuro sólo le reservaba agonía, agonía y muerte.”

La tercera mirada se parece a la primera. White se apega nuevamente al registro historiográfico y deja en segundo plano la novela. Es el momento de evaluar el calibre de la figura de Bruno y su legado para la cultura moderna. Si bien la opinión de Bruno significaba “la aniquilación de la ortodoxia y el desmantelamiento de una visión universal basada en la fe”, White entiende que “Bruno ofrecía una ruta sólo parcialmente basada en la ciencia y (que) el suyo era un paradigma multifacético que incorporaba una extraña unión de contrarios, fusionando lo infinito y lo finito, lo macrocósmico y lo microcósmico, la religión y la ciencia, lo oculto y los modelos racionales, el simbolismo y el ritual, la mente y el cuerpo, el alma y el cerebro.”

Al momento de evaluar los elementos científicos presentes en la obra de Bruno, White entiende que “(...) quizás irónicamente, éste es el que ofrece las conexiones más laterales entre sus ideas y el pensamiento moderno (...) Bruno no fue un científico en el sentido moderno y durante mucho tiempo -de hecho varios siglos- su conceptualización de la filosofía natural no estuvo nada a tono con la Nueva Ciencia”. Incluso, dice el autor, Bruno consideraba que “Copérnico era demasiado matemático y no lo bastante filósofo natural”. Para White esto ha hecho que muchos historiadores pongan en tela de juicio el aporte de Bruno, incluso alegando que se mantuvo siempre muy cercano a posturas místicas y, en cierto sentido, más medievales que modernas. Sin embargo, White puntualiza que “la visión de Bruno era mucho más amplia de lo que están dispuestos a admitir esos críticos, y muy distintas de las confusas ideas de Aristóteles.” Pero, además -continúa White- las vinculaciones entre el pensamiento de Bruno y la ciencia moderna se extienden a la actualidad. Por ejemplo, “la idea de los ‘experimentos del pensamiento’ (un concepto que Bruno había hecho popular a partir de 1580 con su arte de la memoria), pasó a ser indispensable para el visionario mecánico cuántico. Schrödinger nos dio sus gatos y Heisenberg su principio de la incertidumbre, dos conceptos que precipitaron nuestra visión del universo en un estanque de azar y aleatoriedad.”

El ágil -y recomendable- libro de divulgación de White es un homenaje que finaliza como tal. Respetuosamente, el autor se hace a un lado para que Bruno concluya la tarea con sus propias palabras, escritas proféticamente cuando partía en su último viaje a Roma: “mucho he luchado. Creía que sería capaz de salir vencedor...Y tanto el destino como la naturaleza reprimieron mi celo y mi fortaleza (...) no obstante, había algo en mí que yo era capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará me pertenece: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida sumisa.” La madrugada del 19 de febrero del año 1600, encadenado y con grilletes, Bruno fue llevado al Campo dei Fiori (Roma) donde la tosca hoguera que consumió su cuerpo no pudo con sus ideas que remontaron las centurias.